

SOLEDAD Y DESTINO EN LAS CARTAS A UN JOVEN POETA DE RAINER M. RILKE

V. Javier Llop Pérez

Abstract: This paper explains the idea of solitude in “Letters to a young poet” from R. M. Rilke. The serious and hard character of existence is condition of authentic life, and this leads us in a solitude in which our characteristic destiny takes root. Only in this deep solitude we can find and carry out our necessary transformation, this is what life is.

Keywords: solitude, destiny, hard/tough (Schwer), ontology of life, tree.

ORTEGA y Gasset, en su artículo “Goethe desde dentro”,¹ alertaba en 1932 del peligro de “proletarización del espíritu” en Europa, y el poeta expresionista G. Benn hablaba dos años después de una “época que se va”, “época en la que era importante ahondar y madurar”.² Ambas opiniones, que apuntan a un empobrecimiento de la vida y del espíritu europeos de principios del siglo XX, tienen relevancia no sólo por la actualidad de su diagnóstico, sino porque vienen a mostrar, *a contrario*, la talla intelectual y el carácter intempestivo —hoy más que ayer— de las reflexiones de uno de los mayores poetas de la época: Rainer M. Rilke. Si concedemos que los pensadores y poetas, por pensar lo más hondo y vivir en los límites de la existencia, han recorrido y abarcado con especial intensidad las secretas vetas que configuran la vida humana, puede ser útil detenerse en una lectura atenta de los textos en que explicitan las confidencias y los comentarios más personales que forman como el envés del tapiz de su creación poética. Si hoy “el hombre interior está dilacerado”,³ interesa sin duda descifrar la ley de la vida, lo serio de la existencia, lo valioso que encierra todo lo difícil, la necesidad de la soledad... asuntos todos ellos que son el *leit motiv* de las consideraciones vitales de R. M. Rilke. Las *Cartas a un joven poeta* abarcan seis años, desde el 17 de febrero de 1903 hasta el 26 de diciembre de 1908, aunque la mayor parte de ellas se escribieron los años 1903 y 1904. Sabido es que la cosmovisión de un poeta se encuentra en toda su obra, pero es propio de la esencia de la poesía que “a través de la exposición de una parte específica, aflore todo el conjunto”, como ha señalado W. Falk.⁴ Cuando este epistolario fue redactado, Rilke aún no había escrito las dos Primeras Elegías,

¹ J. Ortega y Gasset, *Tríptico*, Ed. Austral, pág. 128.

² G. Benn, *Doble vida*, Pre-textos, pág. 54.

³ *Ibid.*, pág. 33.

⁴ W. Falk, *Impresionismo y expresionismo*, Ed. Guadarrama, pág. 49.

pero ha realizado los dos viajes a Rusia (1899-1900), ha escrito el Diario florentino, el Diario de Schmargendorf y el Diario de Worpswede, ha conocido a Rodin en su taller y ha leído las dos conferencias sobre el escultor (1903 y 1907), ha observado detenidamente los cuadros de Cézanne en el Salon d'Automne de París (1907) y enviado sus impresiones a su mujer Clara. Ha escrito *El libro de horas*, las *Historias del buen Dios*, *La canción de amor y de muerte del alférez Christoph Rilke* (1904), ha publicado la 2ª edición de *El libro de las imágenes*, ha vivido y experimentado en París la dureza de la vida que plasmará en *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*.

Las *Cartas...* pueden ser consideradas un auténtico tratado de formación (*Bildung*) que, lejos de toda artificiosidad, acomete, en las diez cartas enviadas a F. Xaver Kappus, la tarea de tomarse en serio la vida, de hincar la existencia en lo profundo que constituye y nutre al ser humano. Cuando hoy las aristas del existir son permanentemente limadas, ocultadas y depreciadas, la lectura de este epistolario provoca ese vértigo de que habla la octava carta a propósito de algo que, en la actualidad, tampoco y tan poco queremos oír: “*Estamos solos*”. Términos centrales en Rilke como “lo serio”, “lo difícil”, “la soledad”, “la tristeza”, “el amor”, “la ley interior”, “lo abismal y misterioso”, son precisamente los que delimitan eso que el poeta llama “vida propia”, “nuestro destino”, “probar la vida como individuos”, “maduración y crecimiento”, “acontecer íntimo”...

Una concreta topología que no excluye —como se puede comprender si hay evolución y progreso personales— el movimiento, distinguirá dos ámbitos que oponen la superficie a la hondura, la algarabía de una comunidad llena de convenciones y prejuicios a la soledad y el silencio, lo fácil a lo difícil, la inquietud y la ansiedad a la paciencia, la disolución de problemas y obstáculos a su absorción y aclaración. En definitiva, oposición esencial entre *floreecer* y *madurar*...

“Llenos de delicadeza, nos dejan en paz
vivir la vida tal como la concebimos,
no como ellos la entienden. Querían florecer,
y florecer es ser bellos; pero nosotros queremos madurar,
y eso significa ser oscuros y esforzarse.”⁵

Aun cuando la obra referida parece destinada a aconsejar a un joven que tiene pretensiones de poeta, ya señalamos que su contenido puede considerarse como un tratado formativo que abarca cuestiones esenciales. En realidad, sólo las tres primeras cartas mencionan el proceso de la creación y la obra de arte, y las restantes se embarcan en los sutiles meandros de la vida. Pero es importante dibujar el horizonte sobre el que se inscriben estas cartas, cómo y qué características presenta la vida, según Rilke, en esta época. En primer lugar, en carta “A una muchacha” (1904), dice: “Tenemos que penetrar tan hondamente en la vida, que la soportemos y sea *carga*; no debe haber placer en torno nuestro, sino vida. (...) Y no *debe* ser de otra manera; si para muchos la vida se hace más ligera, fácil y alegre, es sólo porque han cesado de tomarla en serio, de llevarla con autenticidad y de sentirla y cumplirla con su ser más propio. Esto no es progreso en el sentido de la vida. Es una renuncia a todas sus amplitudes y posibilidades”⁶ (cursivas en el original). En *Los apuntes de Malte Laurids Brigge* (1911), reflexionando en la tarde parisiense, Brigge piensa esto: “¿Es posible, piensa,

⁵ R. M. Rilke, *Nuevos poemas*, Ed. Hiperión, pág. 137.

⁶ R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed. Júcar, págs. 65-66.

que no se haya aún visto, reconocido ni dicho nada verdadero e importante? ¿Es posible que haya habido milenios para observar, reflexionar y escribir, y que se hayan dejado transcurrir esos milenios como un recreo escolar, durante el cual se come una rebanada de pan y una manzana?

Sí, es posible.

¿Es posible que a pesar de las invenciones y progresos, a pesar de la cultura, la religión y el conocimiento del universo, se haya permanecido en la superficie de la vida? ¿Es posible que se haya, incluso, recubierto dicha superficie —que, después de todo, aún habría sido algo—; que se le haya recubierto de un tejido increíblemente aburrido, que le hace parecerse a muebles de salón en vacaciones de verano?

Sí, es posible.”⁷

En tercer lugar, en carta a Lotte Hepner (1915), dice: “Lo que en *Malte Laurids Brigge* está expresamente dicho (...), es propiamente sólo *esto* (...), ¿cómo es posible vivir, cuando los elementos de esta vida son completamente incomprensibles para nosotros? Si somos siempre insuficientes en el amor, inseguros en las decisiones e incapaces frente a la muerte, ¿cómo es posible existir? No he conseguido expresar en este libro, producido bajo el más profundo sentido del deber interior, todo mi asombro de que los hombres traten con la vida, desde hace milenios (para no hablar de Dios) y al mismo tiempo se enfrenten a estas tareas primeras y más inmediatas, incluso, si se toma con exactitud, únicas (...) tan novatos y desconcertados, tan entre susto y disuasión, tan pobremente”⁸ (cursiva y paréntesis en el original). Asumir la vida en toda su amplitud y profundidad es la tarea que se nos exige, pues los hombres la han eludido manteniéndose en la superficie. Por ello Rilke subraya que la vida es seriedad:

“Cercana está la tierra,
a la que llaman vida.

La reconocerás
por su gran seriedad.”⁹

Al joven F. Kappus se le pide “un viraje”, un “giro hacia dentro”: “Entre en usted”, “excave en sí mismo”; es fundamental la inmersión en el mundo propio y “el descenso en sí y en su soledad”. Sólo ahí podrá entrar en relación con la hondura de donde brota la vida. El joven, preocupado por las críticas literarias, por las revistas especializadas a las que requiere opinión sobre los versos que escribe, recibe un alabonazo que le dirige donde no sospecha: a lo profundo de sí. Este trabajo geológico-biográfico no significa introspección obsesiva o aislamiento autista. Prueba de ello son las palabras de la octava carta: “No se observe demasiado. No saque consecuencias demasiado rápidas de lo que ocurre; déjelo ocurrir sencillamente.”¹⁰ El descenso a lo hondo de la vida no es un escrutar objetivo y distante, ni una percepción crítica y moralista de lo que hemos realizado. Es un introducirse tranquilo y silencioso como las raíces que, en lo profundo de la tierra, alimentan y sostienen al árbol. No hay nada de ese “sajarse en carne viva” como definía Nietzsche al espíritu humano. Es que, además, acostumbrados a la algarabía, a las convenciones y a lo que viene de

⁷ R. M. Rilke, *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, Alianza Tres, págs. 19-20.

⁸ R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed. Júcar, págs. 122-123.

⁹ R. M. Rilke, *El libro de horas*, Ed. Lumen, pág. 93.

¹⁰ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 86. (Todas las citas, con alguna excepción que se señala, corresponden a esta edición castellana, donde aparecen numeradas de la 1 a la 10.)

fuera, no nos percatamos de que “las cosas no son todas tan palpables y decibles como nos querrían hacer creer casi siempre; la mayor parte de los hechos son indecibles, se cumplen en un ámbito que nunca ha hollado una palabra”.¹¹ Esa prevención frente a las palabras, que en ocasiones confunden y desvían de lo esencial, ayudará a descender a ese estrato donde las cosas “ocurren sencillamente”. Ahí, “en el fondo, y precisamente en las cosas más profundas e importantes, estamos indeciblemente solos”.¹² Rilke lo reconoce más de una vez a propósito de sus propias palabras: “(...) aunque no tengo casi nada que decirle que sirva para algo, apenas nada útil”.¹³

El viraje hacia el interior aleja de las sollicitaciones de fuera y emplaza en el núcleo de una soledad verdaderamente personal y esencial. La soledad no es un accidente o un resultado producido por la ausencia de los demás (sea cual fuere la causa de ello), sino la condición inevitable e indispensable de ese sumergirse. La soledad (como la tristeza, el dolor, la enfermedad...) no es un defecto o excrecencia de la existencia. La vida, para Rilke, es aceptación, y aceptación total de aquello difícil que adviene: “Pero es difícil cuanto nos ha sido encomendado; casi todo lo serio es difícil, y todo es serio”;¹⁴ “ame su soledad, y aguante el dolor que le causa”, le pide Rilke al joven poeta.¹⁵ La gente, que vive en la superficie de la existencia “(con ayuda de convenciones) lo ha disuelto todo hacia lo fácil, y hacia lo fácil de lo fácil”¹⁶ (paréntesis en el original). Incluso el amor, que es difícil como el sexo, debe aprenderse en “soledad, vida a solas, crecida, ahondada, para el que ama”.¹⁷ La vida —como la naturaleza— crece, lucha y se mantiene a partir de un fondo oscuro del que brota: “todo lo que vive se mantiene aquí”, en lo difícil (*Schwer*). Este término, que significa también pesado, es central en su concepción de la vida. En la carta “A una muchacha” ya vimos que la vida en su hondura propia se vuelve carga: “Yo siempre quisiera decir a los *jóvenes* sólo una cosa (es casi lo único que hasta ahora sé con seguridad): que siempre debemos mantenernos en lo *difícil*; éste es nuestro lote”¹⁸ (cursivas y paréntesis en el original). Es la reconvencción que hará al poeta suicida Wolf von Kalckreuth en el Réquiem que le dedicó (1908):

“Lo que no esperaste fue que el peso (*die Schwere*)
se hiciese del todo insoportable: es entonces cuando éste
se invierte de repente y es tan pesado por ser tan verdadero.”¹⁹

En carta a R. Bodländer (1922), Rilke precisa este carácter de la vida: “Aquél ‘tomar pesadamente’ la vida de que mis libros están repletos, no es melancolía (...); no quiere ser otra cosa, ¿no es verdad?, que un tomársela según su verdadero peso, o sea, tomarla en su verdad; un intento de aquilatar las cosas en el corazón, en vez de con sospechas, o según la buena suerte o la casualidad. ¿No hay rechazo, no es verdad? *Ningún rechazo*; ¡oh, al contrario, qué infinito asentimiento, qué adhesión repetida a la existencia!”²⁰ (cursivas y comillas en el original). Y a propósito de la muerte,

¹¹ *Ibid.*, pág. 23.

¹² *Ibid.*, pág. 32.

¹³ *Ibid.*, pág. 79.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 47.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 50.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 70.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 71.

¹⁸ R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed. Júcar, pág. 65.

¹⁹ R. M. Rilke, *Las elegías del Duino, los Réquiem y otros poemas*, Visor Libros, pág. 251.

²⁰ R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed Júcar, págs. 151-152.

dice en carta a la condesa Margot Sizzo-Noris Crouy (1923): “estamos *llenos* cuando la alcanzamos —y plenitud significa (para nosotros) peso, gravedad... eso es todo”²¹ (cursiva y paréntesis en el original).

Se reconocerá que esta característica constituye la roca firme y el banco de pruebas donde ancla una existencia auténtica, hasta el punto que Rilke puede afirmar: “Sabemos poco, pero el que hayamos de mantenernos en lo difícil es una seguridad que no nos abandonará; es bueno estar solo, pues la soledad es difícil; que algo sea difícil debe ser una razón más para que lo hagamos.”²² La importancia de nuestra lucha en lo difícil la señalaba también Ortega: “Nada debilita tanto los profundos resortes del viviente como el exceso de facilidades.”²³ La visión ligera de la existencia que la considera frivolidad, ausencia de dolor y búsqueda incesante de felicidad, aparece ahora como vida empobrecida, temerosa y asténica, vida que huye de obstáculos, que evita peligros, que rechaza lo que considera negativo... porque sólo se queda con un aspecto —el más volátil— de la existencia. Si así fuera, la vida humana consistiría en ir esquivando, olvidando y huyendo de los acontecimientos y vivencias que no agradan, que resultan duros y difíciles. En definitiva, la muchedumbre —“que charla y charla”— busca una pseudovida. La aceptación incondicional y radical —de raíz— de la vida para Rilke no permite tales huidas, pues la vida nos es afín: “estamos puestos en la vida como en el elemento a que somos más afines”; “no tenemos ninguna razón para desconfiar de nuestro mundo, pues no está contra nosotros”.²⁴ La “cotidiana aversión a la vida” es precisamente la de quienes rehuyen lo complejo de la existencia, empobreciéndose y depravando las relaciones humanas por la pereza y el miedo. “Debemos aceptar nuestra existencia en toda la medida en que corresponda. (...) Ser valientes para lo más extraño, asombroso e inexplicable que nos pueda ocurrir.”²⁵

La condición indispensable para acceder a lo hondo de la existencia reside en nosotros: la soledad. Pero no es sólo una condición; es una característica ontológica del ser humano: “*Estamos solos. (...) Eso es todo. (...) somos eso*”²⁶ (cursiva en el original). En realidad, aquí no hay elección aunque uno se puede engañar de múltiples maneras. Estamos tan habituados a considerar la soledad como algo negativo, que no vemos las potencialidades que tiene y buscamos refugio en una “comunidad banal y barata”. Rilke compara la experiencia de esa soledad al vértigo e inseguridad que sentiríamos si alguien, arrancándonos de nuestro cuarto, nos situara en la cima de una montaña: las distancias y medidas se alteran, la percepción de las cosas se modifica, lo difícil, lo duro y lo serio se impone. Este rasgo ontológico del ser humano es unitario, y es mena —no ganga— valiosísima: “Hay sólo *una* soledad, y es grande y no es fácil de sobrellevar”²⁷ (cursiva en el original). ¿Qué sería una soledad que no tuviera grandeza?, pregunta Rilke a F. Xaver Kappus. Sería una experiencia ajena a la vida, algo de lo que se huye porque no se entiende, el resto de una convivencia perdida o quizá nunca hallada, el poso amargo que dejaría una comunidad ausente. Siempre objeciones a la vida...

²¹ R. M. Rilke, *Cartas del vivir*, Ed. Magoria, pág. 129.

²² R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 70.

²³ J. Ortega y Gasset, *Triptico*, Ed. Austral, pág. 163.

²⁴ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 84.

²⁵ *Ibid.*, pág. 83.

²⁶ *Ibid.*, pág. 82.

²⁷ *Ibid.*, pág. 61.

La soledad es, en cambio, la atalaya que permite otear “desde lo hondo del mundo propio”, el bastión que ofrece refugio para mirar las cosas “igual que un niño”, “desde la distancia de la propia soledad que es trabajo, rango y oficio”.²⁸ Estos tres rasgos positivos de la soledad destacan el carácter esforzado y de largo aliento que presenta. Esa soledad es similar a la de la infancia, que ve pasar las cosas sin comprenderlas, y ese “sabio no-comprender” es más fructífero y positivo que “la lucha y el desprecio” contrapuesto a las cosas mezquinas, actitud que contribuye a emponzoñar aquello que se quería evitar. Es mejor una mirada distante y limpia, inocente y extrañada ante lo que (nos) sucede, que un enfrentamiento que alimenta la turbación que provoca. El niño se mantiene alejado (y “abierto”, dirá Rilke en obras posteriores) de preocupaciones y confrontaciones, cercano a la inocencia de la vida que le posee en un presente casi indefinido. Este sabio no-comprender subraya que la vida no se agota en explicaciones racionales y causalidades comprobadas; en la vida aparecen lo increíble, lo terrible y lo inesperado como elementos propios ante los que la razón y la voluntad humanas pueden poco. Bien pensado, ¿qué sabemos de los movimientos que acontecen en el fondo de nuestro ser?, ¿quién dice que lo que adviene está en nuestras manos y es soportable?, ¿cómo determinar qué fuerzas y energías se condensan y actúan más allá de nuestras creencias? La maduración, que es lenta y pasiva, confiada e inconsciente las más de las veces, es un germinar que acepta y acoge, no que rechaza y lucha, es trabajo y surgimiento, no apatía y huida. “Sabio no-comprender” que **deja** actuar y madurar, como la planta que ignora los procesos oscuros y secretos que alimentan las raíces bajo tierra. En el poema “El contemplador” Rilke escribe:

“Qué pequeño es aquello contra lo que luchamos,
lo que contra nosotros lucha, qué grande es;
(...)
Triunfamos sobre lo pequeño
y el mismo éxito nos hace pequeños.
Ni lo eterno ni lo extraordinario
*quier*en ser doblegados por nosotros.”²⁹ (Cursiva en el original.)

Tan cierto está Rilke del carácter esencial de la soledad humana que, tratando del amor y de la vida en común, los caracteriza en sendas cartas enviadas, con una diferencia de quince días, a F. Westhoff y a F. Xaver Kappus (1904) del siguiente modo. Al primero le hace ver que el estar solo “no es tan malo como parece a primera vista. Porque es al mismo tiempo lo más positivo en la vida: que cada uno lo tiene todo en sí mismo, su destino, su porvenir, su espacio y todo su mundo”.³⁰ Y añade que, con ocasión de circunstancias difíciles, se traslada el centro propio a algo extraño, a otro ser, rompiendo así la más elemental ley del equilibrio. Aludiendo, entonces, a su relación con Clara (su ex mujer), afirma que “toda vida en común sólo puede consistir en fortalecer dos soledades vecinas”. La tesis, repetida en carta a Kappus, es: dos seres inmaduros no pueden construir una comunidad, dos seres que renuncian a sí mismos se pierden ambos (“ya no se delimitan ni distinguen, es decir, que ya no poseen nada propio”)³¹. La relación entre verdaderos amantes sólo puede ser “entre personas

²⁸ *Ibid.*, pág. 62.

²⁹ R. M. Rilke, *El libro de las imágenes*, Ed. Hiperión, pág. 203.

³⁰ R. M. Rilke, *Cartas del vivir*, Ed. Magoria, pág. 29.

³¹ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 73.

de gran riqueza, entre seres ya ordenados, concentrados. Sólo dos mundos singulares, amplios y profundos, pueden unirse.”³² En definitiva, le dice a Kappus, el amor consiste “en que dos soledades se protejan mutuamente, se limiten y se tengan consideración”.³³ Y en el “Réquiem para una amiga” (1908) afirma: “Las mujeres sufren: amar es estar sólo.”³⁴

La “distancia” caracteriza la soledad. No es sólo que sin ella el individuo se disemina y se pierde entre las inquietudes y preocupaciones que se cruzan en el camino, y que impiden el enfoque adecuado que facilita ver lo que (nos) ocurre. Rilke, cuando nombra la figura de la cima de la montaña en la octava carta, subraya el cambio de perspectiva que se opera y que supone inmensidad en la mirada, lejanías sobrecogedoras, medidas transmutadas: “Así se alteran todas las distancias y todas las medidas para el que llega a estar solo.”³⁵ No es una huida del mundo sino un desplazamiento de la propia vida que origina otras disposiciones y relaciones: “Pues los que están cerca de usted, están lejos, dice usted, y eso muestra que ya empieza a hacerse una lejanía en torno suyo. Y si su cercanía está lejos, entonces su espacio ya está bajo las estrellas y es muy grande.”³⁶ Cercanía lejana, lejanía cercana: estas paradojas condensan esa alteración que la soledad confiada y paciente produce en la ubicación de nuestro yo. Aquello (y aquellos) que nos rodea y aparece cercano, está muy lejos de nosotros y así vamos creando una lejanía en torno nuestro; pero también, aquello más propio y personal que vamos elaborando y madurando, alcanza lejanías (“posibilidades infinitas”, dice Rilke) que no podíamos sospechar. ¿Cómo no iban a producirse estos desplazamientos después del viraje que conduce a ese ámbito de hondura y profundidad de donde la vida brota y donde la soledad produce sus efectos y transformaciones? ¿Cómo no se generarían cambios frente a la mayoría que “disuelve todo hacia lo fácil”, como un azúcarillo en el agua, mientras el auténtico individuo (*in-divisum*: que no se divide ni disuelve) baja al lugar donde la raíz realiza su trabajo lento, silencioso y paciente? Frente a esa *disolución* en lo fácil, la *absorción* trabajosa pero tranquila, sin brusquedades ni arbitrariedades (“deje usted trabajar en sí esa grandiosa soledad”). Este trabajo es semejante al que realizaba Miguel Ángel con el mármol, analizando y estudiando sus secretas posibilidades, sus líneas de rompimiento, sus vetas, para sacar lo que permite la piedra, aquello que guarda secretamente... La soledad, condición ontológica como la muerte, es grande y difícil, nuestra hondura propia, es trabajo, rango y oficio, sabio no-comprender de niño, distancia que transmuta cercanías y lejanías.

Decía Rilke que la gente trata los obstáculos y tristezas “de un modo superficial y tonto, no hacen más que echarse atrás” y por ello “son vida no vivida, despreciada, perdida, en que se puede morir”.³⁷ Recordamos aquí la observación pascaliana sobre la desorientación entre vida y muerte de la existencia sin hondura: “Nos conocemos tan poco que muchos piensan que se van a morir cuando se encuentran bien y otros muchos creen que se hallan bien cuando están a punto de morir.”³⁸ Con toda razón puede afirmar Rilke que el solitario —en el sentido que ya conocemos— “yerra menos”,

³² R. M. Rilke, *Cartas del vivir*, Ed. Magoria, pág. 33.

³³ R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed. Júcar, pág. 54.

³⁴ R. M. Rilke, *Las Elegías del Duino, los Réquiem y otros poemas*, Ed. Visor, pág. 235.

³⁵ *Ibid.*, pág. 83.

³⁶ *Ibid.*, pág. 50.

³⁷ *Ibid.*, pág. 80.

³⁸ B. Pascal, *Pensamientos*, Alianza Ed., pág. 216.

se hace “distinto” y, sirviéndole la soledad de refugio y hogar, “desde ella encontrará todos sus caminos”, pues los otros distraen y “nos hacen dependientes”.³⁹

¿Adónde queremos llegar con todo esto? A vivir la vida en toda su plenitud, sin subterfugios ni prejuicios, es decir, sin huidas. Se trata de “probar la vida como individuos”, dice Rilke, en vez de ir pasando “de unos a otros, sin aclararlas” las cuestiones esenciales, como por ejemplo la muerte y el difícil amor. “Esas grandes cosas” son rechazadas con frecuencia sin advertir que son lo propiamente humano. Son tratadas, dice, como cartas cerradas que se pasan de mano en mano sin abrirlas nunca. Cabe pensar, pues, que esas vidas no han llegado a comprender lo que es realmente vivir. Se aprecia ya que hay quienes buscan y tienen una vida propia, en que la soledad, la tristeza, el dolor, la enfermedad y la muerte son plenamente aceptados, y hay otros que viven “el misterio de manera falsa y mala (y son muchos), lo pierden sólo para sí mismos, pero lo vuelven a entregar para que continúe, como una carta cerrada, sin saber”⁴⁰ (paréntesis en el original). Esas pseudovidas no encuentran en la superficie más que casualidades, accidentes, ‘suerte’,⁴¹ azar. Pero eso es una apariencia más: “No se deje engañar por las superficies; en lo hondo todo se hace ley.”⁴² En el epistolario dedicado a F. X. Kappus se multiplican los términos que apuntan a un destino propio: evolución, maduración, crecimiento, trabajo interior, necesidad interior, ley. Todos ellos completan y aclaran el sentido del viraje a lo hondo de la propia soledad. Asumirlo conduce a un crecimiento y una transformación cuyo modelo es la naturaleza. La metáfora rectora es el gestar / parir, el crecimiento silencioso del árbol que oponemos inmediatamente a los términos dominantes hoy: cálculo, dispersión, impaciencia, desmesura, características que Goethe, en su viaje a Italia, ya señalaba como propios del hombre moderno: “¿Por qué nosotros, hombres modernos, vivimos tan dispersos, por qué nos sentimos incitados a retos que no podemos afrontar?”⁴³ Frente a esa dispersión, “ser artista”, dice Rilke, “quiere decir no calcular ni contar: madurar como el árbol”.⁴⁴

Sabemos ya que existe la posibilidad —que es nuestro destino— de un ‘movimiento’ de la superficie a lo hondo, y la condición indispensable para ello es la soledad. En las *Cartas a un joven poeta*, Rilke ofrece indicaciones para realizar esa transformación, pues sabemos también que no consiste en un ejercicio de introspección ni en una atención sostenida a lo que nos ocurre. A pesar de que los puntos de inflexión que hemos visto parecen al sentido común lo más negativo y urgente de evitar, el epistolario rezuma serenidad, confianza en la vida, tranquilidad. Es destacable, además, que en todo este asunto tan grave se menciona una sola vez la palabra ‘felicidad’ y es referida a la engañosa entrega de los jóvenes en el amor.⁴⁵ Pues bien, Rilke pide al joven que se vuelva a las “cosas grandes”, ante las cuales nos sentimos pobres e inermes, y que en su mayoría son indecibles. Son esas cosas las que precisamente se ‘quedan’ en nosotros. En la IX Elegía de Duino, preguntándose qué se lleva uno al otro lado, dice Rilke:

³⁹ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 48.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 49.

⁴¹ “Llamo ‘suerte’ a todos los acontecimientos exteriores (incluyendo, por ejemplo, las enfermedades) que pueden venir a interrumpir y a anular irremisiblemente una disposición solitaria por naturaleza”, dice en *Cartas francesas a Merline*, Alianza Ed., pág. 53 (paréntesis y comillas en el original).

⁴² R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 49.

⁴³ J. W. Goethe, *Viaje a Italia*, Ediciones B, pág. 284.

⁴⁴ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 40.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 72.

“Nada.
Entonces, los dolores. Entonces, sobre todo,
la pesadumbre,
entonces, la larga experiencia del amor, entonces
lo inefable sólo.”⁴⁶

La obra de arte es un ejemplo eminente de ello. Rilke cita la novela de Jacobsen titulada *Niels Lyhne*, donde una experiencia sencilla se despliega como un destino que mejora al individuo: “más sencillo en la mirada, más profundo en la fe en la vida, y más dichoso y grande en la vida...”⁴⁷ La naturaleza, las experiencias y la atención a la infancia son modos de “ese descenso en sí” que produce efectos, concretamente: “su personalidad se consolidará, su soledad se ensanchará y se hará una estancia en penumbra, en que se oye pasar de largo, a lo lejos, el estrépito de los demás”.⁴⁸ Encontramos estas primeras indicaciones a propósito de la orientación que busca un joven para convertirse en poeta, pero se trata del crecimiento del ser humano: “vaya creciendo tranquilo y serio a través de su evolución: no podría producir un destrozo más violento que mirando afuera y esperando de fuera una respuesta a preguntas a las que sólo puede contestar, acaso, su más íntimo sentir en su hora más silenciosa”.⁴⁹ “Destrozo violento”: dura expresión que encuentra su justificación si se comprende que la evolución propia (expresión redundante) es tan individual, silenciosa, paciente y lenta como el crecimiento del árbol. También este aprovecha el medio en que está y se alimenta de materia orgánica, agua y aire; pero su crecimiento **inmanente** lleva consigo soledad y tiempo. El árbol, en cuanto *physis*, es surgir de lo oculto desde sí mismo: llegar a ser: “No hay medida en el tiempo: no sirve un año, y diez años no son nada (...). Madurar como el árbol: que no apremia a su savia, y se yergue confiado en las tormentas de primavera.”⁵⁰ Por ello Rilke utiliza en ocasiones una expresión que puede parecer extraña referida a lo humano —acostumbrados a lo que se podría llamar *libertad dispersa*—, pero que describe con exactitud la cosa misma: “brota de la necesidad”. La mención del árbol como figura del crecimiento humano no es casual. En *El libro de horas*, Libro Tercero (1903) dice:

“En tu jardín estamos durante años,
y como árboles somos, que llevan dulce muerte.”⁵¹

En carta a Lou Andreas-Salomé (1903), Rilke describe así a Rodin: “Oh, qué solitario es este anciano, que, hundido en sí mismo, se yergue repleto de savias como un árbol viejo en otoño! Se ha vuelto profundo (...). Sus pensamientos le circulan por dentro y le llenan de gravedad y dulzura y no se pierden en las superficies.”⁵² Hacia el final de su vida, en carta a la condesa Margot Sizzo-Noris Crouy (1923), Rilke mantiene la figura del árbol como metáfora de lo humano: “¡justamente nosotros que, provisionalmente, durante todo el tiempo que estemos aquí, emparentados con el árbol, con la flor, con el reino de la tierra, tenemos como deber principal permanecer en el sentido más auténtico y, sobre todo, llegar a ser!”.⁵³

⁴⁶ R. M. Rilke, *Elegías de Duino. Los Sonetos a Orfeo*, Ed. Cátedra, pág. 111.

⁴⁷ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 38.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 26.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 27.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 40.

⁵¹ R. M. Rilke, *El libro de horas*, Ed. Lumen, pág. 183.

⁵² R. M. Rilke, *Teoría poética*, Ed. Júcar, pág. 40.

⁵³ R. M. Rilke, *Cartas del vivir*, Ed. Magoria, pág. 126.

Una vez más, las circunstancias externas no pueden darnos indicación alguna ni consejo, dado que su opuesto (soledad, paciencia y silencio) es condición necesaria para la maduración a que estamos destinados. Digámoslo así: se busca fuera lo que sólo dentro de uno podría justificar y dar sentido pleno... a lo de fuera. Consecuentemente, Rilke señala algo paradójico a propósito del amor al decir que “no es abrirse, entregarse y unirse con otro”, sino “una ocasión sublime para que madure el individuo”.⁵⁴

Dos cuestiones que se mencionan en las *Cartas...*, las *preguntas* y la *tristeza*, abordan situaciones en las que podemos encontrarnos y que sirven como ejemplo de nuevas transformaciones.

Hemos visto que Rilke señalaba al joven poeta la imposibilidad de encontrar fuera las respuestas a las preguntas que sólo nosotros podemos contestar. Se trata de esas preguntas que “tienen una vida propia en sus honduras” y que suelen turbar e inquietar gravemente. Lo que suele hacerse —lo sabemos— es esquivarlas o, en su caso, despacharlas con respuestas rápidas y fáciles. Ante esas preguntas, Rilke pide al joven “paciencia” y “que intente amar *las preguntas mismas*, como cuartos cerrados y libros escritos en un idioma muy extraño”⁵⁵ (cursivas en el original). Si las preguntas son nuestras, si han nacido de nuestra necesidad interior, si nos angustian o preocupan pues nos dejan en la incertidumbre, lo primero que pide es aceptarlas, pues en la comparación rilkeana son cuarto y libro *nuestros*, que nos esperan, y aguardan el tiempo en que podamos acceder a ellos, ya que nadie lo abrirá o leerá por nosotros. Si alguien lo hiciera, encontraría sin duda algo diferente. “Viva usted ahora las preguntas. Quizá luego, poco a poco, sin darse cuenta, vivirá un día lejano entrando en la respuesta”⁵⁶ (cursiva en el original). Resaltemos estas expresiones: “vivir las preguntas”, “día lejano”, “entrar en la respuesta”; palabras indicativas de la intimidad y particularidad que supone la maduración propia, sin adherencias ajenas y sin celeridades, casi sin actividad (“sin darse cuenta”). La pregunta esencial crece en un terreno propicio que requiere agua y abono, cuidados y paciencia, y sólo más adelante aparece la respuesta que, precisamente por ello, ahora no se podría “vivir”. No encontrar la respuesta, sino entrar en la respuesta como quien entra en la habitación abierta —porque hemos esperado y se nos ha abierto—, o como el que comienza a entender las palabras escritas. Algo aparece en nosotros, algo propio e ignoto, que se acepta y se vive, que crece y nos atraviesa, y un día quizá lejano florece. En palabras de Heidegger: “Hacer una experiencia con algo —sea una cosa, un ser humano, un dios— significa que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. Cuando hablamos de ‘hacer’ una experiencia, esto no significa precisamente que nosotros la hagamos acaecer; hacer significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida en que nos sometemos a ello. Algo se hace, adviene, tiene lugar”⁵⁷ (comillas en el original).

A este propósito, Rilke aconseja volverse a la naturaleza, a lo sencillo y pequeño que puede convertirse en “grande e inconmensurable”. Y en otra carta pide, comentando la dureza de la profesión (militar) ya elegida por el joven, que “esté atento ante lo que surge en usted, y póngalo por encima de todo lo que observe en torno. Su acontecer más íntimo es digno de todo su amor; en él debe usted trabajar”.⁵⁸ En esas

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 71.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 47.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 47.

⁵⁷ M. Heidegger, *De camino al habla*, Ed. del Serbal, pág. 143.

⁵⁸ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., págs. 62-63.

situaciones nos ponemos “en relación con las cosas grandes en que consiste la vida real”: las noches, los vientos de los árboles, los animales y los niños...

Pasemos ahora a la tristeza. Rilke la trata en la octava carta, central en este epistolario. En ella se hace eco de las “muchas y grandes tristezas” por las que ha pasado el joven. Alude a ese sentimiento o estado que invade a la persona sin que en ocasiones se conozca el por qué. Nuestra actitud suele ser de extrañeza o malestar por su aparición, a veces por circunstancias adversas de la vida. Aquí también se da la polaridad inherente a los dos ámbitos; en la “vida no vivida” hay tristezas “peligrosas y malas que se llevan por entre la gente para ensordecerlas”.⁵⁹ Una vez más, la gente como subterfugio para ocultar los conflictos, coartada para sobrevivir taponando aquello que nos atraviesa y se ven así como ajenos. Se dirá que Rilke no concede demasiada relevancia a los demás —a la comunidad— para la propia transformación. Posiblemente, como muchos otros autores de la época, considera que los lazos que hacen posible hablar de comunidad se han perdido y sólo ha quedado el dominio del hombre uniformizado y administrado. Quizá lo que para nuestro autor es rasgo existencial, para otros será rasgo históricamente acontecido. Porque la preeminencia la tiene la situación ontológica de despedida, realizada de forma consumada a principios del siglo XX, esto exigía la renuncia a lo externo y, por tanto, lo perteneciente a la esfera del tú, incluida la figura del Cristo. Así lo ha visto W. Falk: “La gran despedida histórica a la que Rilke se refería, y que a toda costa había que realizar ahora, abarcaba realmente todo lo que hasta entonces había colmado la vida del hombre. (...) El ámbito interior del yo se convirtió para Rilke en la única dimensión idónea de la decisión.”⁶⁰ De todos modos, destaquemos que los dos ámbitos de existencia que conllevan dos tipos humanos bien diferentes, son elementos permanentes de la filosofía occidental, desde Heráclito y Parménides hasta Jünger y Deleuze. Lo novedoso sería ahora el dominio espantoso de uno de ellos. Por decirlo con pincelada gruesa de G. Benn: “Tan sólo existe el ser solitario y sus imágenes, desde que no hay Manitú alguno que pueda redimirnos mediante la integración en el clan.”⁶¹ Y en el artículo “Tras el nihilismo” (1932) describe así al tipo humano que se configura a partir de 1847 (Helmholtz: inteligibilidad del mundo como mecanismo) y 1859 (Darwin): “A partir de esas dos fechas Europa experimentó una nueva pujanza; a partir de ellas se constata el nacimiento de un nuevo tipo humano, el tipo utilitario organizado según patrones materialistas, el tipo de cadena de montaje, optimista y superficial, opuesto en su cinismo a cualquier concepción de la fatalidad humana. Comte ya había saludado filosóficamente la nueva época con la siguiente máxima: el mínimo sufrimiento posible para el individuo y el máximo bienestar posible para el todo.

(...) Nadie debe distanciarse del tipo medio estadístico y, sobre todo, nada puede ser excelso ni extraordinario. El hombre es bueno, pero no heroico; no se le puede transferir ninguna responsabilidad, debe ser utilizable, funcional, idílico: desvalorización de todo lo trágico, desvalorización de toda fatalidad, desvalorización de todo lo irracional, pues sólo tiene validez lo plausible y lo banal.”⁶²

La tristeza mal vivida se enfrenta como una enfermedad ante la que se retrocede, sin ningún intento de elaboración. Por ello, reaparece fácilmente. No se ha compren-

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 80.

⁶⁰ W. Falk, *Impresionismo y expresionismo*, Ed. Guadarrama, págs. 69-71.

⁶¹ G. Benn, *El yo moderno*, Pre-textos, pág. 54.

⁶² *Ibid.*, págs. 104-105.

dido que la enfermedad “es el medio con que un organismo se libera de lo extraño” y por ello hay que esperar y ayudar a que “haga crisis pues ese es su progreso”.⁶³ Una experiencia como la tristeza larga y grande es, para los que quieren pasar al otro ámbito, una experiencia transformadora. “Considere”, le sugiere Rilke al joven, “si no hay mucho en usted que se haya transformado, si no ha cambiado usted en algún punto, en algún lugar de su ser”. Esto es, tomar en serio aquello que nos ocurre. Las tristezas son “momentos de tensión”, ahí “estamos solos con ese extraño”, se pierde “lo familiar y habitual”, estamos en “un tránsito”. Son momentos “en que ha entrado algo nuevo en nosotros, algo desconocido”; “lo que hay en nosotros retrocede, surge un silencio, y lo nuevo, que nadie conoce, se yergue en medio y calla”.⁶⁴

La llegada de la tristeza despeja un espacio que generalmente está ocupado por actividades, pensamientos y rutinas. Su aparición nos sitúa en un lugar inestable —lejos de lo habitual— y al hacerse un hueco en ese territorio surgen la soledad y el silencio. En ese espacio *libre* se yergue algo nuevo, callado, incomprensible. Para percibirlo es necesario mirar “más allá de lo que alcanza nuestro saber”. Experiencia central y ontológica como la angustia heideggeriana, la *lasitud* en Camus o el insomnio en Lévinas, la tristeza introduce una novedad radical apenas barruntada. Ha penetrado en nosotros el porvenir y sin notarlo “nos hemos transformado”. Ese instante, “sin acontecimientos e inmóvil”, es aquel en que pivota nuestra vida hacia algo nuevo: el futuro está surgiendo en nosotros... Para subrayar el carácter de novedad y extrañeza que adquiere la tristeza en nosotros, Rilke propone la siguiente comparación: “como se transforma una casa en la que ha entrado un huésped”. Esa persona ajena introduce una novedad aún no asimilada ni comprendida; su sola presencia es anuncio de algo nuevo que trastoca —transforma— el orden habitual. Eso que viene del futuro ya está formando parte de nosotros, pero hará falta tiempo y maduración para que sea algo nuestro, vida propia. Rilke dice: “cuando ‘acontezca’ (es decir, cuando salga de nosotros hacia los demás)”⁶⁵ (comillas y paréntesis en el original).

“Cuanto más silenciosos, pacientes y abiertos estemos en la tristeza, más honda y certeramente entrará en nosotros lo nuevo, mejor lo adquiriremos, más se hará destino *nuestro*”⁶⁶ (cursiva en el original). Lo nuevo, el porvenir: verdaderamente la tristeza es la mensajera de un cambio que supone crecimiento hacia algo que, si es aceptado y elaborado, se convierte en nuestro **destino**.

Con esto se llega a otro concepto central del epistolario. Algo ha entrado en nosotros y, a pesar del desasosiego y turbación que causa, ha de ser aceptado pacientemente. La idea superficial de la existencia utiliza el concepto de destino como algo exterior que sobreviene y a lo que seríamos ajenos. Pero “lo que llamamos destino sale de los hombres, no entra en ellos desde fuera”; somos nosotros los que, según cómo vivimos nuestra vida, configuramos lo que llegamos a ser. Pero ese “llegar a ser” no puede indicar “cualquier cosa”, pues el concepto de destino quedaría vaciado de su significación. En frase de Nietzsche: “llega a ser el que eres”.⁶⁷ Rilke propone un giro copernicano en el concepto de destino. No es ya el sol móvil que gira a nuestro alrededor y un día cae sobre nuestras cabezas, sino que somos nosotros los que nos mo-

⁶³ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., págs. 85-86

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 80.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 81.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 81.

⁶⁷ Como es sabido, subtítulo que pone Nietzsche a su obra *Ecce homo*: “Cómo se llega a ser lo que se es”.

vemos hacia nuestro destino en una órbita que nos acerca hacia él en plenitud o nos desviamos de esa órbita y nos perdemos en la errancia de posibilidades que no son las nuestras y por ello acabamos resentidos contra la vida y siempre extraños a lo que nos acontece. El destino no viene a nosotros; está en nosotros *ya*, esperando que madure o se eche a perder, que florezca un día o se marchite. Su fin es que “salga de nosotros a los demás”, es decir, que “acontezca” como dice Rilke con la palabra entrecomillada.⁶⁸ Se comprende ahora que sólo después de la maduración propia se puede acceder realmente a los demás con la garantía de que no se conviertan en sustitutivos o ilusorias tablas de salvación de una vida naufragada. ¿Cómo podría la suma de dos seres inmaduros dar como resultado una vida plena? “Sólo porque muchos no absorbieron sus destinos, mientras éstos vivían en ellos, y no los transformaron en sí mismos, fue por lo que no reconocieron lo que salía de ellos mismos”. Lo que Rilke llama destino, vida propia, acontecer, tener vida de individuos, ley... es el movimiento (evolución, crecimiento) por el cual ‘arrastramos’ las vivencias —incluso las más duras— a lo hondo de nosotros y allí las dejamos pacientemente crecer y madurar. La alternativa es clara: vida perdida y desviada porque *disolvimos* todo lo trabajoso que podía hacerla crecer, o vida construida y realizada porque *absorbimos* aquello esencial que nos advino y que hicimos savia nuestra. Somos nosotros los que nos movemos pasando de largo, esquivando las experiencias esenciales o dejamos madurar larga y pacientemente nuestro porvenir, que está ya ahí *in nuce*, como la semilla que se convertirá (o no) en ese árbol determinado. De otro modo, lo nuestro propio lo sentimos como extraño y no lo reconocemos, cayendo así en una alienación inevitable. Los hombres se mueven entonces hacia lugares que no se convierten en destinos.

“En lo hondo todo se hace ley”, dice Rilke. Para la vida que se mueve en la superficie y nunca ahonda, esta frase tiene que parecer absurda. Para el crecimiento del árbol, lo oscuro de la tierra es condición necesaria para crecer según leyes inmanentes que permitirán un fruto en sazón o un desarrollo raquíutico. La sangre que aparece en la superficie de la herida es líquido desparramado y caótico, pero en el interior del cuerpo esconde su propia ley. Para la vida no vivida, los aconteceres pasan sin encontrar cobijo ni reconocerse como tales, siendo que “preguntas y sentires tienen una vida propia.”⁶⁹ La aceptación de “lo más extraño, asombroso e inexplicable que nos pueda ocurrir”⁷⁰ forma ese *humus* (hombre) que somos y que se impone no traicionar. Se podría hablar de teleología... elaborada. Teleología, pues el destino, vocación o proyecto está ya en nosotros como meta (que no es aleatoria, pues en ese caso no hablaríamos de proyecto *propio*). Elaborada, pues su realización es el trabajo de toda una vida, la asimilación paciente y solitaria de ‘eso’ que en nosotros madura, y que exige cuidados y atenciones. Sin embargo, ese *telos* es desconocido, no sólo porque intervienen en él elementos inconscientes e irracionales, sino porque no es ningún punto final, ningún acto que viniera a coronar la vida —como no sea la muerte. Sólo es valioso lo que trasciende a los demás... tras haber sido inmanente. No hay salida valiosa que no provenga de dentro. La flor es resultado de procesos lentos e ignorados, y sólo aparece porque ha madurado. Si no fuera así, sería flor artificial, surgida sólo como accesorio externo y vacío. Con palabras de Ortega: “Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 81.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 46.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 83.

en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico *ser*, es nuestro destino”⁷¹ (cursiva en el original). “Si por vocación no se entendiese sólo, como es sólito, una forma genérica de la ocupación profesional y del *currículum* civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica.”⁷²

“Como todo progreso, debe venir hondamente desde dentro (...). Todo es gestar y luego parir. Dejar cumplirse toda impresión y todo germen de un sentir totalmente en sí, en lo oscuro, en lo indecible, en lo inconsciente, en lo inaccesible al propio entendimiento, y aguardar con honda humildad y paciencia la hora del descenso de una nueva claridad: esto es lo único que se llama vivir como artista, en la comprensión como en la creación.”⁷³ Vivir como artista es seguir el mismo proceso en la vida y en el arte. Si “en un pensamiento creativo viven mil noches de amor olvidadas, que lo llenan de altura y grandeza”,⁷⁴ si para “escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas”,⁷⁵ también el vivir es un proceso de acumulación, gestación y elaboración de experiencias. Y entonces llega el “descenso de una nueva claridad”, que no es revelación, ni éxtasis, ni luz: es fruto acontecido. Parece que vida y arte (“realidades misteriosas”) son isomorfos: ambos son creación, configuración, fondo abismal e inconsciente, trabajo y paciencia: destino. Pero entonces la exigencia que entraña vivir la vida será tan grande como la de ser artista, donde no cabe “el poco más o menos”, tantas veces denunciado por T. Mann. El destino humano sería tan enigmático como el del artista, pues ambos ignoran lo que va a surgir de su obra, pero ambos pueden leer ‘señales’ que orientan su quehacer (“reconozca que se moriría usted si se le privara de escribir”);⁷⁶ “no coger nada inutilizable, sino solo utilizable en su momento oportuno; desde su primera juventud acumular dentro de sí lo que se puede y lo que se ha podido, los recuerdos más diferenciados y más opuestos; a fin de no caer, sin tener más que un centenar de posibilidades, en la infinita ausencia de todas las otras en que los dioses son capaces de precipitarnos a cada instante”).⁷⁷ La ‘necesidad interior’ que mueve a ambos sería semejante y estaría constituida por el deber: “Si hubiera usted de enfrentarse a esta grave pregunta con un enérgico y sencillo *debo*, entonces construya su vida según esa necesidad”⁷⁸ (cursiva en el original). Y, sin embargo, Rilke no dejará de repetir que entre su vida y su tarea hay oposición: “vuelvo a experimentar una vez más la atroz e inconcebible polaridad entre la vida y el trabajo supremo”.⁷⁹

En la correspondencia del poeta catalán J. Vinyoli, deudor y traductor de Rilke, encontramos un texto que recoge esta misma idea. Sólo hay que sustituir las palabras *paraula* y *poema*:

⁷¹ J. Ortega y Gasset, *Tríptico*, Ed. Austral, pág. 133.

⁷² *Ibid.*, pág. 136.

⁷³ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed. págs. 39-40.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 49.

⁷⁵ R. M. Rilke, *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, Alianza Tres, pág. 17.

⁷⁶ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 25.

⁷⁷ R. M. Rilke – L. Andreas Salomé, *Correspondencia*, J. de Olañeta Editor, pág. 33.

⁷⁸ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 25.

⁷⁹ R. M. Rilke, *Cartas francesas a Merline*, Alianza Ed., pág. 32.

“Té, el poeta, alguna cosa que germina en ell, per a la qual ha de trobar paraules però no pot saber quines paraules li calen fins al moment que les ha trobat: no pot identificar aquest embrió fins que ha estat transformat en un arranjamet de les paraules justes en l'ordre just. I quan ha trobat aquestes paraules, la ‘cosa’ per a la qual calia trobar-les ha desaparegut substituïda per un poema”⁸⁰ (cursivas y comillas en el original). También G. Benn ha expresado un concepto similar:

“Pero cada persona puede dejar un legado, si lo hace sin esperar respuesta y si lo que tiene lo ha adquirido limpiamente, sin sobornos. (...) Dejarlo salir con lentitud, en silencio, y después dejarlo reposar; silencioso dejarlo salir de lo innato, de la reserva vital, de los genes, lento dejarlo reposar en torno a una estrofa o a una idea, en torno a ese yo espiritual en formación que deviene palabra.”⁸¹

Como suele decirse, ‘la vida hay que vivirla’, no pensarla (o mirar la de los demás, añadiríamos hoy). La transformación requerida no es el patrimonio ni el refugio de una personalidad neurótica, y es sabido que la mayoría va a lugares que no son destinos. La vida es sencillez, no tensión insoportable y desgarró. “Y de los sentimientos: son puros todos los sentimientos que le concentran y elevan; es impuro el sentimiento que sólo afecta a un lado de su naturaleza, desgarrándole así.”⁸² La lectura atenta de estas cartas hace pensar que Rilke no postula una visión trágica de la existencia en la que los conflictos y las luchas escinden y atormentan de forma irreversible. La “realidad áspera” en que debemos vivir y que no excluye nada (“¿Por qué quiere excluir de su vida ninguna intranquilidad, ningún dolor, ninguna melancolía, si no sabe lo que esas situaciones producen es usted?”)⁸³ es positiva si se interioriza de una manera que no tiene que ver con el valle de lágrimas cristiano ni con los excesos pánicos de ciertas filosofías: “Todo lo que haga de usted más de lo que haya sido hasta ahora es justo. Todo aumento es bueno, si está en su sangre, si no es embriaguez, si no es turbación, sino gozo, que se vea hasta el fondo. ¿Entiende lo que quiero decir?”⁸⁴

Estamos ante una visión reconciliada y unitaria de la existencia, pues la actitud central es la aceptación. Lo que creemos que daña y atormenta, lo que se tira al cajón de los desechos humanos (dolor, soledad, tristeza, muerte...) son las piedras duramente trabajadas con las que construimos nuestra casa. Al despreciarlas, dejamos nuestra vida permanentemente incompleta y a la intemperie: vida inauténtica, que rechaza e ignora lo que es inconmensurable y “quiere auxilio de nosotros”.⁸⁵ Entonces “todo será más fácil, más unitario y, no sé cómo, más reconciliador, acaso no en el entendimiento, que se echa atrás asombrado, sino en su íntima conciencia, en su vigilia y en saber”.⁸⁶ Sabemos que esa actitud de aceptación de la vida en Rilke no es la última palabra. La aceptación se convertirá —cuando hayamos “salvado” toda la realidad en la interiorización que la hace invisible— en celebración. Baste esta aproximación a las *Cartas a un joven poeta* para mostrar la riqueza que encierra su obra.

⁸⁰ J. Vinyoli, *Vers i prosa*, Ed. L'Estel, pág. 42.

⁸¹ G. Benn, *Doble vida*, Pre-textos, pág. 53.

⁸² R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Ed., pág. 92.

⁸³ *Ibid.*, pág. 85.

⁸⁴ *Ibid.*, pág. 92.

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 85.

⁸⁶ *Ibid.*, pág. 46.

